

llet que teníamos, sería indispensable formar, por lo menos, una compañía más. Sobre todo, considerando que el ballet del Teatro Argentino de La Plata tampoco funciona como debería.

Lo ideal sería que el Estado, al igual que otros países lo han hecho en Europa, por ejemplo, tomara la iniciativa de hacer formar la gran compañía de ballet nacional, en la que pudieran intervenir bailarines/as de todas las provincias argentinas, que los hay y muy buenos.

La Argentina no puede jactarse precisamente de tener una escuela personal. Nuestra enseñanza deriva de las escuelas italiana, francesa, rusa y danesa. Sí existen grandes maestros argentinos capaces de formar excelentes bailarines que se preocupan por actualizarse continuamente y viajando, si es necesario, *motu proprio* con sus mejores alumnos a las más importantes ciudades de los países del mundo tradicionales por sus grandes escuelas de ballet.

Una iniciativa que en la Argentina no tuvo apoyo para aplicársela fue la de esa excelente maestra que tuvo el Colón en la década del 40, Margarita Wallman: ella promovía ballets de músicos argentinos y con temas argentinos. Pero esto no tuvo aceptación y se optó por lo tradicional. Margarita creó unos 10 ballets de músicos argentinos.

En la actualidad, pienso que los mejores bailarines y bailarinas salen de las escuelas privadas argentinas; porque no puede formarse bien a un profesional de la danza si acude a un instituto que tiene 5 ó 6 meses de vacaciones, como ocurre con la Escuela de Danzas del Teatro Colón. El máximo descanso que se le puede dar a un estudiante de ballet son 20 días.

El problema fundamental del Teatro Colón, y ya no sólo en lo concerniente al ballet, sino a todas las expresiones artísticas en general, es que sus directores no deben actuar como administrativos. El director de teatro es, fundamentalmente, un artista, no un empresario. Así que no puede manejar administrativa ni burocráticamente un teatro, y menos el Colón. En mi época, el empresario era quien traía las figuras y el director (artístico) escogía quién quedaba de acuerdo con su criterio artístico.

La única manera de que todas las falencias relatadas pudieran revertirse sería regresar a la senda del orden, la seriedad y el buen criterio en sus grados máximos.

Afortunadamente, las importantísimas figuras que pasaron por el Colón dejaron réditos. Tal vez la más importante fue la impulsora del ballet argentino, Margarita Wallman, como directora y creadora. Y ni hablar de esa gran creadora, Esmeé Bulnes, también mi maestra y formadora. También David Lichine, George Skibine, el propio Balanchine, Ángel Eleta, María Ruanova, Lida Martinoli, el ballet del Marqués de Cuevas, Serge Lifar, Norma Fontenla, José Neglia y muchos más.

Actualmente, los bailarines argentinos más interesantes son Silvia Bazilis, Julio Bocca, Maximiliano Guerra y la joven Paloma Herrera, figura estelar del *American Theater Ballet*.

De todos los artistas extranjeros que dejaron huellas imborrables en el ballet argentino, los que más me impresionaron fueron Nana Goldner, Tamara Toumanova —me impactó en todo, no sólo por su danza sino también por la forma de maquillarse, su vestuario, etc.—, Alicia Alonso, Alicia Markova y Rudolf Nureyev. ¡«Rudy» fue sensacional!

También sería bueno, para revertir esta situación decadente, poder cambiar la mentalidad de los padres, que quieren que la hija sea a los 13 ó 14 años una primerísima figura como lo son, en otras actividades, Gabriela Sabatini, Diego Maradona y otros. Esta es una gran equivocación. No existe la bailarina instantánea. Además, no todos pueden ser solistas y es muy necesario dejar aparte la mentalidad individualista para pensar que hay que formar coros, conjuntos, etc.

Por lo general, el argentino es individualista y esta característica se la transmite a sus hijos. Esto no sirve. La gente debe aprender a trabajar en equipo en todos los órdenes. La compañía de ballet es tan importante o más que la primera figura, ya que la conforman 80 personas que si no trabajan en equipo, no llegan a ningún lado. Y esto sirve, también, para todos los órdenes. Ningún país sale adelante si tiene exclusivamente política individualista.

Olga Ferri

Rememoración del exilio

A Luis Berriel

Lo que viene puede hacer pensar que el tiempo no existe en absoluto o que existe apenas y de un modo harto oscuro. Parte del mismo es pasado, y ya no existe, y la otra parte es futuro, y no existe todavía; y sin embargo el tiempo, sea que consideremos un tiempo infinito o cualquier otro, está hecho de aquéllos. Es difícil concebir que participa de la realidad algo que está hecho de cosas que no existen.

San Agustín (*Confesiones*)

Poner estas reflexiones bajo el título de *Rememoración del exilio* es, quizás, arriesgar un énfasis que, a casi diecisiete años de haber dejado mi país, parece no del todo riguroso, pero sea como fuere, de la memoria se trata. No de la memoria docente ni de la memoria puntualmente traumática, sino de esa facultad de pensar lo grupal que los pueblos van sistematizando para intentar acceder a lo que un buen platónico (ah, mi lealtad al idealismo) llamaría el ser eterno e inmutable de las cosas. Rememorar no es sólo intentar reconstruir el propio tiempo de la experiencia compartida sino instalar lo existencial en el espacio de lo ya inmutable o por lo menos de las convicciones establecidas. Por eso, tiempo y memoria no se superponen mecánicamente sino que interactúan haciendo que el primero, devorador de todos los instantes, tenga en la segunda una consciencia de mano posible dispuesta en cualquier momento a dar su veredicto. Mientras el presente es lo fugaz, lo que perdemos sucesivamente, lo reminiscente, el pasado tiene esa pátina de lo firme, esa sucesión de presentes que ya dejaron de serlo y en el que Bergson —quizás influi-

do por su ascendencia judía— veía el sentido de la memoria, su justificación más convincente. En la memoria se depositan las imágenes sucesivas de los acontecimientos de la experiencia, los sentimientos compartidos, los temblores que singularizan nuestra identidad cotidiana. Pero a todo esto hay que sumar un hecho sustancial y contradictorio: la memoria es, a la vez, espejo del presente porque es justamente en el presente donde reconstruimos seleccionando, es decir, actualizando un pasado siempre recomenzado y siempre en reconstitución. Nuestra memoria explora el pasado —aquel sabor de la magdalena de la que nos hablaba Proust— pero sabe que sólo desde el presente, vivo y dinámico, fugaz y selectivo, donde nos salimos permanentemente del libreto, se puede reconstruir y relatar. En este aspecto, el pasado es a la vez secuencia inmutable (la memoria vence al tiempo que pasa) y reinterpretación siempre posible (el tiempo vence a la memoria como cuestionamiento permanente de la significación real de lo vivido). Por eso el transcurso de lo pasado a lo presente (y quizás a lo futuro) es una continuidad de presentes, una sucesión de contenidos dramáticos, porque lo que sucede es condición de lo que sucederá. El exilio permite —por su exigencia vital en los límites— instalarse testimonialmente en ese presente siempre condicionado, en esa yuxtaposición donde el entramado de datos es siempre un hoy singular. Por eso mirar estos casi diecisiete años con los catalejos de la memoria es saber, inexorablemente, que el acta fundacional del pasado es haber vivido en un lugar, haberlo querido, haber naufragado repetidamente en sus esquinas, haberse arrojado en sus pasiones primitivas, haber hecho de la piel la depositaria de la razón y la sinrazón de nuestras emociones, haberse apropiado de un saber que es el mío y que ha hecho de mí lo que soy cuando soy el que mira hacia atrás. Una historia personal y colectiva tejida desde lo familiar a lo político, donde un olor (en este caso se trata de los jazmines), un sabor (Proust me perdonará si en este caso se trata de los «chorizos de la Costanera»), un rincón, un gesto materno, hacen de la memoria el lugar del erotismo extrañado, de la ausencia que nos instala en el deseo de lo perdido, de esa dimensión subjetiva donde la experiencia de lo vivido es fantasma y anhelo.

Alguna vez escribí a Julio Cortázar estas palabras: «Yo, querido Julio, argentino cien por cien, intelectual, pe-

queño burgués, judío entrerriano y culto, psicoanalista heterodoxo y melómano insaciable, admirador de Mariano Moreno y del general Justo José de Urquiza, hincha de Boca Juniors y del polaco Goyeneche, transitador de la calle Corrientes y de Villa Crespo, santificado espiritualmente en Pueyrredón y Las Heras donde la amistad hizo goles de media cancha, codirector de las mejores revistas literarias que se han editado en Buenos Aires, lector repetido y siempre asombrado de la poesía de Borges, nacionalista de los de verdad (aquellos que creen, por ejemplo, que Roland Barthes y George Bataille deberían haber nacido en algún lugar del barrio de Pompeya), capaz de dejar hasta el último aliento en un rezongo del bandoneón del gordo Troilo, todas cosas, Julio, que no se curan así nomás, yo, digo, padezco de doble o triple lealtad». En aquella oportunidad —los vericuetos de la vida— yo defendía el derecho de Julio a escuchar los cuartetos de Bartok desde su departamento parisino, lo que no impedía su compromiso vital con nuestro país, el suyo, el mío. «Esto de las almas en litigio, Julio, parece hacer mal», le decía. Agregando: «Están los que se quedan y los que se van. Los que se quedan lo reivindican como la única actitud posible y válida. Los que se van creen, a veces, que son los únicos que sufren». Años más tarde esta reflexión aún sigue vigente.

Para aquellos que no partieron, el despojo y la privación los llevó a otro tipo de exilio: el exilio interior. Replegarse era como abandonar el país, como meterse todas las mañanas en un ropaje esquizoide y salir a la calle con el miedo habitando el esternón. Era como una forma de heroísmo decantado, escueto, donde lo mejor, lo más auténtico de cada uno debía exiliarse de la comunicación diaria y de la vida social. Quizá quedarse aliviaba posibles sentimientos de culpabilidad respecto de la huida, pero seguramente incentivaba otros respecto de la impotencia y la parálisis, en esa privatización sin fin de las más dignas funciones del pensamiento, en esa masturbación insidiosa a que obligaba el ejercicio inhumano y libertino del poder. Ellos eran tan prisioneros de sí mismos como nosotros lo éramos de la vergüenza y la nostalgia. Queridos hermanos supieron que no se puede borrar —aunque interiormente trataran de hacerlo— el discurso de la tiranía. Lo unívoco se imponía desde los grupos parapoliciales, lo equívoco era el único código ético. Cualquier culto a lo íntimo —huyendo

de lo público— se convertía en grosera mueca de la libertad. El fascismo —los fascismos— tienen esa prerrogativa: transformarnos en muecas, en capitulación callada, en testigos inermes de una realidad espantosa. En la Argentina del Proceso no había posibilidad ninguna de negación: todos sabían lo que pasaba. Y la dictadura tomaba —como es connatural a ella— todo silencio como adhesión, porque ninguna dictadura usa diván de psicoanalista, ninguna establece diferencias entre silencio de sometido e indiferente y silencio rencoroso y dolido: es el silencio lo que importa. Aquellos hermanos (de lo mejor que me ha sucedido en la vida ha sido gozarlos como tales) sabían que no éramos más que dos disfraces de la misma abyección. Un océano con muchas lunas de anchura (siempre exacto, querido Borges) nos separaba: un mismo temblor silencioso nos ayuntaba. En aquella oportunidad escribí, recordando mi pertenencia a un pueblo muchas veces milenario: «Los que nos fuimos nos hicimos cargo de la Escritura; los que se quedaron, del Texto».

Sigmund Freud, huido de su «Jerusalem vienesa» al filo de la llegada de la Gestapo y exiliado en Londres, en agosto de 1938 hizo llegar estas palabras a su hija Anna, con motivo del XV Congreso Internacional de Psicoanálisis: «Los infortunios políticos sufridos por la nación (judía) le enseñaron a valorar debidamente el único bien que le quedó: su Escritura. Inmediatamente después que Tito destruyó el templo de Jerusalén, el rabino Johanan ben Saccai solicitó el permiso de abrir en Jabneh la primera escuela para el estudio de la Torá. Desde entonces, el pueblo disgregado se mantuvo unido gracias a la Sagrada Escritura y al interés espiritual que ésta suscitó».

Pero ¿qué era entonces la Torá para los sabios de Jabneh? La enseñanza de la historia. A la vez, el reinado de la Ley. En nuestra Argentina del Proceso y el Exilio la enseñanza de la historia fue compartida por los que se quedaron y los que se fueron. Ambos sabíamos de la incisiva herida con que esa historia nos acrisolaba. Pero la Ley sólo reinaba por entero en los que nos habíamos ido y sólo musitaba su imposibilidad en los callados corazones de todos los que se habían exiliado en su mundo interno.

Aquellos exiliados —los de afuera y los de adentro— podíamos, fantasmáticamente, recordar otro momento de la Tradición: en el capítulo VIII de Nehemías, Esdras